

los favores te ha prodigado; que tanto bien nos ha hecho.

No lloro. ¿Por qué he de ocultártelo? Las fuentes de mi dolor están agotadas. ¡He sufrido tanto! Tampoco duermo. Desde que te fuiste, ni por una hora; ni por un minuto he logrado conciliar el sueño. Escribo delante de un espejo y no me conozco. Estoy tan pálida que me parezco al cadáver de mi madre. ¡Pobre madre mía! ¿Cómo llorará al verme tan desgraciada? Amar tanto para padecer así. Adorarte con todo el frenesí de mi juventud y verme por la suerte desposeída de tus caricias y desposeída para siempre. ¡Para siempre! Esa palabra hiela mi corazón. Estoy siempre murmurándola. Me consuelo, porque creo que si la repito mucho llegará á matarme.

Yo creo que moriré de amor. Esa creencia me consuela. Creo que el veneno de mis desgracias emponzoñará mis días. Mis ojos se entornarán para siempre, porque no les será permitido contemplar tu rostro. Ernesto, Ernesto mío. Te adoro. ¿Por qué he de ocultártelo. Si, te adoro con todo mi corazón. Voy á escribir infinitas veces esa palabra; porque mañana seré ya para siempre de otro ser, á quien no amo.

Me parece que el corazón quiere llorar. Aun quedan algunas lágrimas en mis ojos. Son el último tributo que á tu amor puedo rendir. Llora; si, llora. Hago mas que llorar; sollozo. Si este tiempo fuera eterno; si pudiera pasar la vida escribiéndote, nunca mis ojos llegarían á secarse. También se ha secado la fuente del jardín. El gilguero ha muerto y las enredaderas también. Han muerto sedientos. ¿Cuanto habrán padecido!

Ni siquiera pude oír el último gorgojo del gilguero ni recoger la última flor de las enredaderas.

¿Por qué nos habremos conocido? Te estoy viendo y tiemblo. Sondeo mi amor y me espanto. ¿Te acuerdas de nuestros paseos á la luna? Del rosal que cultivabas para tegerme una corona de rosas blancas; una hermosa corona de desposada, que te recreabas ya; entrelazándola con mis cabellos? ¿Te acuerdas de nuestros sueños despues de nuestras bodas? Viviríamos en el campo lejos del trato de los hombres. Todos los días, según pensábamos nos levantaríamos con la aurora para coger flores cargadas de rocío. Iriamos á buscar al desgraciado á su lecho para llevarle la felicidad y el consuelo. Tú cantarías, con el laúd, nuestros amores, mientras yo lavaba en un arroyo las yerbas que habíamos recogido para pasar el día. Al caer la tarde rezaríamos el Ave-María. ¿Y esto no ha de realizarse? No: todo fue un sueño. Ahora la suerte me obliga á casarme con un hombre que me repugna; Ernesto; que me da asco. Y no puedo libertarme, y no tengo esperanza. Amamos sin esperanzas. ¡Y no he de volver á verte! No, no, no vengas; porque ya no hay remedio. No vengas porque tu amor y mi virtud están reñidos. Déjame morir aquí con mi desesperación; con mi locura. Y este amor tan grande que tan felices nos hacía y tan virtuosos; este amor que Dios nos inspiraba; este amor que te enseñó á creer y á orar; este amor mañana es una ofensa hecha á los cielos.

Tal vez me acusarás. Entonces te compadeceré Ernesto, mucho mas de lo que te compadezco. ¿Se puede renunciar voluntariamente al amor ó á la felicidad? Yo me suicido porque mato mi esperanza; mis ilusiones; pero me suicido obligada por la fatalidad. ¿Y no es temible un suicidio moral? ¡El corazón late desgarrado y la esperanza se disipa! ¡La esperanza, que es la última estrella que apaga su brillo en las tinieblas de los dolores!

Es horrible este martirio que padezco. Todos mis días estaban consagrados á pensar en tí, y á soñar con mis dulces amores consagradas estaban todas mis noches. Bendecía al sol porque iluminaba tu isla; y se perdían mis ojos en el mar, porque allí vogaba tu

barca. La campana de la oración me estremecía de amor, porque nuestras súplicas se encontraban en el espacio para subir unidas á los cielos. Y la luna, mensajera de tu venida á las costas, me inundaba de placida alegría. Y todo ha muerto para siempre. ¡Y los domingos! ¡Con qué devoción oíamos misa! ¡Qué flores tan hermosas me traías para adorar el altar de la Virgen! ¡Qué cánticos tan nuevos y tan dulces entonabas por las tardes en las playas! Yo tenía zelos hasta del eco que repetía tus acentos. Yo queria que nadie te oyese temerosa de que todas las jóvenes, que por las cercanías vagaban se enamorasen de tí. ¡Y todo ha huido! Todo me recuerda tu amor. Llevo la bata que llevaba la noche en que nos despedimos. Conservo cuidadosamente el lazo celeste que adornaba mi cabeza la vez primera que nos vimos. Cuando muera pediré que me entierren con ese vestido, y que sobre mi cuerpo inanimado estendán ese lazo. Así ha de ser mas dulce mi sueño. Todas las flores que me traías las guardo. Están secas como nuestra felicidad. Cuando nadie me oiga cantaré aquella canción que á orillas del mar me enseñaste, cuando la tierra tenía tantas flores como ilusiones nuestras dos enamoradas almas.

Ernesto: ¿Será verdad que ya jamás podré escribirte? Me parece que estoy soñando. Adios para siempre. No te acuerdes de mí. Si, si, acuérdate siempre por piedad. No he cometido mas crimen que ser muy desgraciada. La desgracia debe ser un crimen muy espantoso cuando tantos castigos me acarrea.

Ernesto: tal vez otra mujer, que no te amará tanto como yo, te hará mas feliz. ¿Y tendrás valor, Ernesto para olvidarme; para ser de otra? Ay, no, no: me moriría de zelos. ¿Pero con qué derecho pretendo arrebatarte la dicha, que te reserve el porvenir?

Yo desde el fondo de mi desolacion pediré á Dios que me olvides si por mis recuerdos padeces; que tu corazón encuentre una compañera virtuosa y amante, y... que muera yo pronto.—María.

XLI.

El día de boda.

A las siete de la mañana, don Braulio estaba ya á la puerta de la casa de su novia, arrastrado por potros andaluces en un suntuoso carruaje. Llevaba pantalon azul, chaleco carmesi, frac verde botella con botones de oro, camisa con chorrera, una grandísima aguja de diamantes, un reloj descumunal de oro pendiente de larguísima cadena cargada de diges á saber: un cañon, corazones traspasados por flechas, jabalies, corceiros, etc.; etc.; los guantes eran amarillos y el sombrero de color de chocolate.

¡Que esquisito gusto! No se puede negar que el tal don Braulio era un hombre esencialmente estético.

María solo llevaba un vestido de merino negro, y una mantilla española, traje que sienta bien á toda mujer graciosa.

Su sencillez, propia de una viuda, contrastaba con la churriguresca ornamenta de su churriguresco novio, el cual hizo un gesto de disgusto y despecho al verla tan pobremente ataviada.

Isabel, única amiga de María, la acompañaba y la sostenía; porque la infeliz no podia sostenerse; tan profunda era la enfermedad de su alma.

Don Pedro subió al coche. No sabia lo que por él pasaba. Su hija le dijo que deseaba casarse con don Braulio, y él luchó y luchó contra su decision; pero nada logró alcanzar de su hija que estaba resuelta á salvar á su padre.

María se habia llegado á convertir en una máqui-

na. Vió que entraba en Santa Maria de Alicante, que un sacerdote la bendecía, oyó que juraba con los labios fidelidad á aquel ente repugnante, que un sacerdote le leía la célebre epístola de San Pablo; tocó un anillo pronunciando un sí, y al salir de la iglesia y ver el mar sacudió aquel letargo y dió un grito espantoso.

—Hija mia, exclamó don Pedro.

—No tengo nada, nada... Vámonos pronto, pronto....

Pero al ver que don Braulio la seguía, que de él no podía separarse, cayó de bruces sin sentido contra la portezuela del coche.

Don Pedro comprendió entonces cuanto le había ocultado su hija. Este venerable anciano jamás pudo consentir de grado en el enlace de María. Opúsose, hizo reflexiones, trató de inquirir los secretos del corazón de su hija, pero la infeliz apurando hasta las heces el cáliz de la amargura, engañaba á su padre ocultando con plácida sonrisa las tempestades de su alma. Don Pedro rogó, insistió, hizo ver que el corazón se rebela á la voluntad, que amor es ley, que no podía la virtud luchar á porfía con el corazón siempre vencedor, y su hija, serena con voz entera, y rostro tranquilo, le contestó que ninguna reflexión podía ser parte á disuadirla de su propósito. Don Pedro trató de prohibir tal casamiento, pero sus prohibiciones como sus ruegos se estrellaron contra la firmísima resolución de María, que aceptó su triste destino de víctima con la fe que nace del corazón y se aumenta al parar mientes en la enorme grandeza de tan enorme sacrificio. María volvió prontamente en sí, y al ver la mirada fría imposible de su padre protestó que de su emoción nacía aquel triste caso.

XLII.

La noche de boda.

Hacia una noche espantosa. El cielo estaba cargado de nubes. La tempestad comenzó al anochecer á extender sus alas. El calor era sofocante, el mar, como muerto, ni semovía, ni suspiraba. Abrasados los campos, marchitos los árboles, secas las flores, presentaban el aspecto de una tierra maldecida. Hasta los pajarillos piando se quejaban de la inclemencia del cielo. Algunos relámpagos resplandecían por los límites del horizonte. El trueno rugía á lo lejos como amenaza de los abismos del cielo á los abismos de la tierra. No caía una gota de las nubes, ni suspiraba el mas mínimo aliento de aire. Los nubarrones cada vez mas espesos y mas gigantescos, parecían tocar con las alas de sus negros mantos la superficie de la tierra. Algunos sacudimientos removían el suelo, levantando polvo como si el mundo temblase al verse amenazado por el látigo de la tormenta. María aterrada oraba acompañada de Isabel en un gabinete, cuando entró don Pedro á decir que era ya hora de recogerse, dando á su hija un beso en la frente; y oprimiendo la mano de Isabel, que se retiró á uno de los aposentos de la casa.

María quedó sola; cuando don Braulio apareció á la puerta del gabinete.

—¡Qué noche! ¡Dios mio! ¡Qué noche! exclamó María.

—Todo te aterra, todo te espanta.

—Me parece oír una amenaza, y ver en esa tempestad un castigo.

—Risueñas ideas te vienen á las mientes. Eres una esposa alegre y divertida.

—¡Esposa, yo!

—Si, mi esposa, María; dijo don Braulio, querien-

do oprimirla por vez primera contra su corazón, pero la jóven se apartó de sus brazos refugiándose en un ángulo de la estancia.

—¿Huyes de mí?

—Si, si. ¿No ois ese amenazador ruido, no veis esos siniestros fulgores?

—Oigo lo que tú oyes, y veo lo que tú ves.

—¿Y nada dice á vuestro corazón la tormenta?

—Nada.

—Sois de piedra. Hemos cometido un crimen; y Dios por ese crimen asesta el rayo contra nuestras cabezas.

—No temas; hay aquí para-rayos.

—¿Sabeis lo que es engañar á Dios? Yo he querido esta mañana engañarle. En un templo, al pie de sus altares, he jurado en falso; he prometido lo que mi corazón no puede cumplir.

—¡Es tan fácil de cumplir lo que has prometido!

—¡Fácil de cumplir! ¿Amar á un hombre á despecho del corazón es cosa hacedera?

—¿Qué es el amor? Un instante de goce; y después... nada.

—¿Qué ideas! Amar es adorar sin fin, sin medida, vivir por otro ser, y morir cuando muera el objeto de nuestros ensueños.

—No puedo dejar de reirme. Ese es amor de novela; amor que no existe en el mundo, sino en la mente de extraviados poetas.

—Y vuestro amor es el egoísmo; el amor del infierno que se marchita con un beso de fuego.

—María, vamos á recogernos, que tengo sueño. ¿Pues no ha escogido mala sazón para filosofar?

—Dejadme sola. ¿No ois? Parece que se desgaja el cielo y que se hunde el mundo.

—Pues señor, me divierto. ¡Qué importuna tempestad! Dios está jugando conmigo.

—No blasfemeis, no blasfemeis por piedad, dijo María temblando.

—No quieres que blasfeme, y reniegue, y me desespero cuando te estás ahí con esa calma.

—Mi alma es presa también de la tempestad. Por evitar un crimen he cometido otro crimen tremendo.

¡Dar el corazón y la vida á un hombre, por quien el corazón no se interesa! Os he jurado amor eterno; cuando mi mente se perdía en sus recuerdos de ayer, cuando mis ojos buscaban el rostro de mi amado; cuando todas mis ilusiones eran para Ernesto. Y lo he visto aparecer entre el humo del incienso, y he oído su voz bajo las bóvedas de la iglesia, y ahora está delante de mí, maldiciéndome porque le he arrancado del pecho su corazón á pedazos.

—María, María, acuérdate de que eres mi esposa.

—Si, ya lo sé. Sé que he engañado al mundo. Sé que he intentado engañar á Dios. Las gentes dirán que he vendido á peso de oro mi corazón, que como Ernesto es pobre y vos sois poderoso, he despreciado á Ernesto y me he unido gozosa con vos, y huyendo de la deshonra he venido á dar contra ella, porque en el camino del crimen no puede encontrarse nada mas que el crimen.

—María, sígneme. Ya sabes que tengo sobre tí un poder conferido por Dios.

—Esperad un instante. Me ahogo. Tocad mi frente, y sentireis que os abraza la mano. Quiero respirar.

Don Braulio abrió con rabia una gran ventana rasgada que daba al campo, y que estaba casi al nivel del suelo.

—¡El campo! dijo María enajenada de gozo.

Una fuerte ráfaga de viento apagó las bujías que ardían en las estancias, y como la noche era tan oscura quedó todo envuelto en las mas profundas tinieblas. Entonces la jóven se dió á correr con frenesí, dando gritos de loca y delirante alegría. El huracán la arrastraba en sus alas; ni la arredraba el fulgor de los relámpagos, ni la detenía en su precipitada car-

XLIV.

Ernesto se alojó en casa de su tío. Allí encontró un su primo, elegante y escéptico, porque es imposible ser elegantes sin ser escépticos. Era literato. Bien es verdad que nada entendía de literatura; pero para ser hoy literato es lo que menos se necesita. Los literatos han de saber rizarse perfectamente el vigote, reirse de todo desperezarse en el café del Príncipe, y bostezar en el teatro.

Estas son sus artes. La sublime emanación de Dios se ha perdido. Los poetas andan errantes por el mundo. El soplo de la desesperación hace vibrar sus liras. Sus coronas de laureles se han convertido en coronas de espinas. Por eso el genio sin cruzar este infestado horizonte, pliega sus alas y se duerme en su cuna de azucenas. Sus pensamientos son como estrellas que van rodando á caer en el seno de la eternidad. ¡Infeliz Zorrilla! Sus cantares se pierden entre las prosáicas carcajadas del mundo. Cantan solitarios ó desde extrañas playas, y nosotros los dejamos morir hartas de cantar como las cigarras. ¡Somos tan sublimes! En cambio despues de muertos, si están lejos trasladáremos á nuestros cementerios sus restos con pompa, sino los encerraremos como al infeliz Espronceda en un estrechísimo nicho, y venderemos sus poemas por cuatro reales, para que vayan á parar á las especerías. ¡Apreciamos tanto el mérito!

El primo se llama Eusebio.

XLV.

Aquella misma noche fue Ernesto al teatro con su primo. Se representaba un drama nuevo, Eusebio le encargó á Ernesto que no aplaudiese aunque el drama le gustase infinito.

—¿Por qué? Preguntó nuestro jóven.

—Porque el autor es mi enemigo.

—Y el arte ha de prostituirse á las pasiones.

Eusebio le miró espantado.

—Pero hombre, si es tan pedante.

—Del poeta no podemos juzgar sino cuando le oímos, cuando nos revela las revelaciones de Dios.

—Dicen que el primer acto pasa en Granada, y el segundo en los alrededores de Granada, y el tercero en la Alambra. Ya ves que desconcierto.

—¿Y por eso vas á condenar á una obra de arte? Las formas son tan solo las determinaciones de las ideas.

—Vamos, tus ideas si que son provinciales.

Y con esto quiso Eusebio hacer punto redondo. *Provincial* es sinónimo de *bárbaro*.

El drama era magnífico, pero fue silvado, porque diz que tenía mucho de filosófico. El poeta no se suicidó, pero se metió á zarzuelista. Han de saber ustedes que en Madrid, en la ilustrada corte de las Españas, aquí donde nació el primer teatro del mundo solo se aplaude la superficialidad en el poeta, y la buena perspectiva de las decoraciones. Que aparte de algunas buenas obras, los descendientes de Calderon han producido Por seguir á una mujer etc. etc.

XLVI.

Ernesto esperaba en vano carta de María. Su enamorado corazón no podía vivir sin el eco del amor, que daba vida á su alma.

No dudaba de María. La duda es hija de la turbación, de las tinieblas, y Ernesto veía en todo su esplendor el alma de su amante.

XLIII.

Nos hemos olvidado de Ernesto. Ya ha llegado á Madrid, centro de gravedad, donde van á parar todos los que caen y todos los que anhelan elevarse. Madrid es el inmenso panteon donde las ilusiones yacen enterradas, y como si necesitasen del aire de las tumbas; las ilusiones nacen también en Madrid, cual esas amarillentas flores que brotan en el borde de los sepulcros. Hemos visto elevarse tantos tontos, en nuestras parodiadas revoluciones, que nadie debe extrañarse de que la tontería se presente como mérito en Madrid para escalar altos puestos. Por eso Madrid es el nido de los tontos.

Hemos oído tantos vanos discursos, que despues han merecido una cartera, que todos los fatuos se creen llevados del mal ejemplo con derecho á ser ministros. Se han levantado tantas fortunas del polvo, que todos los hambrientos creen que en Madrid el polvo es oro. Los infelices se engañan. Los grandes de la tierra se han pegado el oro á las casacas por miedo de que se les escape.

Los amigos que saben vender á su amigo, los aduladores que contemplan atónitos las espumas que van subiendo á la superficie de la sociedad, para elevarlas con su aliento hasta los cielos, los que no tienen mas norte que el interés ni mas fin particular que el propio engrandecimiento, acuden presurosos á Madrid. Aquí están los mas elevados palacios y las mas sucias pocilgas, aquí los que se visten de oro y los que se encubren de andrajos; aquí las damas llenas de aromas, y las infelices que no tienen una camisa ni un vestido; aquí las que mas ocultan sus crímenes, las que mejor los saben dorar, y las inmundas prostitutas; aquí, en fin, se oye el sonido del baile y el estertor del pobre: se ve en los festines reír á impulsos de los vahidos que causa el vino, y se ve también al hambriento morirse de necesidad allá en las alas de los tejados, para que sus almas martirizadas vuelen mas pronto hacia Dios.

Madrid es un espantoso cuadro de Goya. Iluminado por la débil luz de sus orgías es el infierno. Aquí todos son egoístas, porque todos son comerciantes. Todos se proponen vivir en la voluptuosidad, porque en Madrid no hay mas artistas que los sastres, ni mas cielo que el techo de los salones de las sociedades, ó del circo de Paul.

El que quiera ver como perecen los pueblos embrutecidos, como se disuelven las sociedades infestadas, como se encuentran las naciones que ni tienen pasado ni porvenir, que ni creen en el arte ni en la gloria; que venga á Madrid y se le presentará el aspecto de un pueblo embriagado que revolcándose en el lecho de sus vicios aplica aun la copa del placer á sus amoratados labios (1).

(1) No debe olvidarse que todo esto no es otra cosa que la impresión producida en el alma del autor por cierta época de funesta memoria.

Su fe tranquila no podía apagarse en el vacío de pasajero silencio. Pero el temor de que inesperada desgracia hubiese asaltado al ángel de sus ensueños amargaba todas las horas de su existir.

Toda compañía le era enojosa. Necesitaba entregarse á sus pensamientos. Alguna vez atormentado por su triste penar, recogía todos sus recuerdos, invocaba á la celeste inspiración, y sus amores se convertían en torrentes de santísimas armenias. Escribía versos hijos de su pasión, y destinados á enjugar sus propias lágrimas. Entonces con ese vuelo mágico del poeta que sacude el polvo de las tumbas, y atraviesa la oscura noche de la ausencia veía á su amada entre coronas de flores á orillas del mar; perdiéndose en el cielo de su infinito amor, y pronunciando el querido nombre de su Ernesto.

¡Feliz el poeta, porque para el poeta no hay espacio, porque para el poeta no hay tiempo. Nosotros los mortales tenemos que arrastrarnos por el suelo para seguir el curso fatigoso de nuestra triste vida, y encerrarnos en el tiempo para contar los días que fueron, y prever los días que serán. Vosotros, poetas, vagáis en las alturas entre los coros de estrellas que os revelan sus secretos, arrullados por el aliento de Dios, bendecidos por la humanidad, con una aureola en la frente, y una palma en las manos, reclinándose en el seno del ángel de la gloria que os lleva en sus celestes alas, al través de sonrosados celajes hasta el dintel de la eternidad.

Cuando mas embebido en su pensamiento se encontraba Ernesto, entró un criado y le presentó una carta. El corazón del joven poeta latió con violencia. Cuando se vió solo rompió con precipitación el sobre de la carta. Conforme iba leyendo, palidecía, se agitaba, sus ojos despedían como centellas, se crispaban sus cabellos, y nervioso temblor sacudía su cuerpo. Después exhaló un ay dolorosísimo, y dejó el rostro sobre las manos quedando como atargado en su desesperante actitud.

XLVII.

Perder el amor para un joven es perder la vida. Cuando se ama, la naturaleza es un templo, y el corazón un altar. Los cielos brillan con deslumbrante esplendor, se sonríe la luna con amorosa sonrisa, y el sol resplandece con la misma luz que arde en la exaltada imaginación. El aroma de las flores es el incienso que se quema en aras del amor. El murmullo de una fuente, el susurro de las hojas, y el suspirar de las auras son conciertos que cantan las prendas de la mujer amada.

Todo el mundo aparece subordinado al amor. Los astros brillan para iluminar la dicha de los amantes, los arroyos corren por el placer de escuchar sus enamorados suspiros, los bosques se engalanan para servirles de silenciosa gruta, y las diferentes armonías de la naturaleza con los ecos de sus cantares. ¡Bendito sea el amor!

XLVIII.

¿Será verdad? Decía Ernesto, volviendo á leer la carta. Entonces se explicó la generosidad de su tío. Negra rabia se apoderó del joven. Ardía en negro afán de venganza. Pero como su amor era su existencia sintió que el deseo de vivir se apagaba en su seno. La vida sin objeto no es vida. La vida sin esperanza no puede sobrellevarse. Leamos la carta que le inspiró su despecho.

«Para qué vivir, María, cuando el destino nos

asesina. Toda lucha es inútil. Ya estoy vencido. Ya me entrego maniatado á la desgracia. En nada creo, nada espero. El mundo me rechaza, y la muerte me halaga. Yo oíré María sus halagos. Se escapa el alma del cuerpo. ¿Podré yo contenerla cuando el cuerpo me pesa con horrible pesadumbre? El dolor hace fermentar la vida que se desvanece y se disipa. Vivir sin ti es imposible. Tu padre no se ha suicidado, María, no; pero se suicidará tu amante. Cuando la desgracia ha de herir una frente señalada con el sello del destino es inútil combatir á la desgracia.

«¡Qué feliz habrá sido ese hombre que ha devorado tus gracias!

«¡Qué feliz!

Y una contracción nerviosa le hizo rasgar á su despecho con la punta de la pluma el papel en que escribía.

«Solo te ruego que viertas sobre mis recuerdos una lágrima.

«No quiero ir á perecer en el cieno del canal, no. Allí se muere en medio de lodo.

«Adios naturaleza. Tú que tanto me has amado; me ahogará ahora entre tus brazos. Ya no hay ambición, ni amor en mi pecho. Mi ambición es descansar, mi ańor es por la muerte.

«María, María. Llora. No quiero ser cobarde, no.

«Voy á morir sereno, tranquilo. No creo que tu esposo te niegue el triste privilegio de oír la voz de un moribundo. Adios, Adios.»

XLIX.

La manía del suicidio está muy en moda en el fatal siglo que vivimos. Y es porque la humanidad abandonando su camino, marcha á ciegas por los derroteros de la duda. La fe ha muerto en el corazón, y sobre su urna cineraria yacen los despojos de nuestra felicidad. Estamos postrados en la esclavitud, y parece imposible que después de los esfuerzos empleados por el genio para idealizar al hombre, nos revolquemos en el lodo del positivismo como parece imposible que después de tantos sacrificios que por la libertad se han hecho, estemos postrados en la esclavitud.

L.

Ernesto abandonó la casa de su tío: La mujer vestida de negro de que tantas veces hemos hablado, la abandonó también, porque vivía en un cuarto segundo de la misma casa. Ernesto se dirigió al embarcadero del camino de hierro. (Llamamos aquí camino de hierro por antonomasia á la mezquina línea que en Aranjuez acaba, y que Dios mediante, y á paso de tortuga concluirá un día en las costas del Mediterráneo). Buen espectáculo reservamos á nuestros nietos. Al pasar por la Puerta del Sol echó su carta al correo, y tomando un coche, se dirigió al camino de hierro por la Carrera de San Gerónimo. La mujer vestida de negro le seguía desde lejos.

En un momento se encontraron en Aranjuez.

LI.

¡Qué hermoso es Aranjuez! Es un canastillo de flores. Los montes esmaltados de árboles sostienen con sus azuladas crestas un cielo puro, sonriente como la felicidad y el amor. Los árboles cargados de flores sacuden sus verdes penachos mecidos por el aliento de las auras. Los aromas mas puros se respiran en su

recinto, y se oyen los mas armoniosos cánticos. La paloma como una rosa blanca salta de rama en rama; la oropéndola se mece sobre los canastillos de flores; el cisne se contempla admirado en los estanques; confúndese el colorín con los claveles; nubes de todas aves huyen del cazador y corren á sus bosques contentas y enamoradas, y el pavo real despliega sus abanicos de mil colores, y luce sus galas en medio de aquel risueño paraíso. La arboleda entrelazada, confundida, presta grata sombra, porque los rayos del sol no pueden penetrar aquel su espesísimo folla-

je. Las rosas, los claveles, las azuleñas, y violetas mezclan sus perfumes, y embriagan el alma como si todo el campo fuera un inmenso pebetero.

Todo sonríe allí, todo alegra el corazón, cuando las bulliciosas fuentes, surgiendo como encantos, ascienden á los cielos y se burlan del aire, y argentan las copas mas altas de los árboles, y descomponen los rayos del sol en todos los esmaltes del iris, y vuelven á caer convertidos en líquidas perlas, rociando las flores y las estatuas, la verde yerba y los elevados palacios. Y este espectáculo encantador se renueva en



Luisa.

medio de todos aquellos bosques, de modo que los surtidores parecen columnas de cristal de roca encargadas de sostener la azul bóveda de los cielos.

Los estanques rizados por el viento, donde corren como espuma los ánades, las estatuas recostadas en sus grutas de jazmines, los gigantescos árboles de América, las cascadas que saltan entre artificiales penascos, las pintadas barcas que corren por do quier; el Tajo magestuoso como el manto de los reyes, murmurando antiguos romances en su cauce coronado de lirios; el Jarama que corre á prestarle el tributo de sus aguas; las blancas bocanadas de humo que exhalan esos trenes donde corre la civilización y las elevadas

cúspides de sus mil palacios ocultos como nidos entre el verde y oscuro manto del follaje.

LII.

En este eden va Ernesto á buscar la muerte. La muerte donde quiera se encuentra. Es tan dilatado su dominio que se extiende hasta los confines de la tierra, y tan grande su poder que domina sobre la corona del sol y sobre los tronos mas altos de los astros.

El joven se despide con sentimiento de naturaleza tan amena, tan risueña. A los veinte años arde tanto la sangre que es imposible apagar su ardor y tiene tantísimos encantos la vida que no es dado abandonar la sin que se oscurezca el corazón.

Sin embargo, aquella sonrisa de los campos le parece un sarcasmo, una burla hecha por Dios á su infinito dolor.

El cielo está despejado y su corazón lleno de tinieblas. Las auras cantan y él se ahoga de rabia. Las flores entreabren sus cálices para oír suspiros ó confiar amores y su pecho arde en un amor desgraciado. Llega á tanto su despecho que en la embriaguez del dolor maldice á la naturaleza; porque no toma parte en sus pesares.

Fue buscando un retirado lugar, donde ningún importuno viese su agonía, ni llegase á socorrerlo en su dolor. Iba á morir solo. Ni el cariño de una madre le acompañaba en aquel supremo instante; ni oía un sollozo al despedirse para siempre de la tierra. Su vida pasó solitaria en una isla, su muerte iba también á suceder en un bosque solitario.

Sin duda no vió una barca que próxima vogaba, ni una mujer vestida de negro que le seguía en su carrera.

Al llegar al sitio que le pareció á propósito para su muerte, miró con horror la pura corriente del Tajo, y se erizaron sus cabellos, como si estuviese abocado al negro abismo de la eternidad. Dió un paso hacia atrás y sus ojos se convirtieron al cielo. Entonces se postró y murmuró un Ave María. Era la oración que su amada le había enseñado en una noche de luna á las orillas del mar. Unos cortos momentos le separaban de la muerte. Entonces pensó con espanto en su eterno porvenir; pero la vida era á sus ojos más horrible que el infierno, quería á todo trance apagar su dolor en las espumas del Tajo. El murmullo de las aguas del río le parecía una reconvencción amorosa.

No pudo acallar su dolor y lloró anticipadamente la enormidad del crimen que iba á cometer.

¡Luchar para morir con la vida misma es cruel dolor! Cuando Ernesto se acercaba al río, la sangre, el corazón, el alma, le arrastraban hacia atrás, clamando contra su resolución con poderosa é irresistible voz. Un sudor frío cubrió su frente. Tal vez era el sudor que sobrecoge á la hora de espirar; porque Dios quiere que hasta la muerte ganemos con imponderables trabajos. La muerte es un hermoso y deliciosísimo premio cuando tanto nos cuesta.

Cansado de luchar, y reluchar, ciego, delirante, con los ojos extraviados y los labios contraídos, sin quitarse ni el sombrero siquiera, abrió los brazos, y se lanzó al río. Su cuerpo se fue al fondo.

Hé ahí el sacrificio que hacia Ernesto en aras de su amada.

No quiso sacrificar su ambición, y le sacrificó su vida.

¡Qué misterioso es el hombre!

LIII.

Aun no había caído el cuerpo de Ernesto á las aguas, cuando resonó un grito agudo, desgarrador, parecido al grito de una madre que ve perecer á un amado hijo.

Y aquel grito aun no se había comunicado al aire, cuando rompiendo malezas y saltando escollos se presentó una mujer vestida de negro en la orilla misma del Tajo.

Esta mujer era hermosa, á pesar de sus cuarenta años. Triguero su color, pero sonrosado; grandes sus ojos; parecidos en el mirar á los de Ernesto; negro

su cabello, y rizado tan caprichosamente que muchos jóvenes en los hermosos días del amor habían sido aprisionados por sus graciosos rizos; esbelto el talle y flexible como las hojas de una palma y su figura apuesta y su figura deslumbradora, hermosa, aunque empezaba á declinar ya en la breve carrera de la vida.

Y aquella mujer desolada aun no había llegado á la orilla, cuando se vió aparecer una barca como salida de los espesos bosques que cubren el Tajo, moviéndose ligera cual una flecha. En ella había dos remeros y una hermosísima joven.

—Salvadle, que aun es tiempo, salvadle, gritó la dama vestida de negro.

La joven de la barca hizo una señal y ambos remeros se lanzaron al río. Pocos momentos despues sacaban á Ernesto pálido, desencajado, y sin aliento, sin vida del fondo del río y le depositaban por mandato de la joven en su barca.

LIV.

—¿Se ha salvado? gritaba la dama del negro traje; que pálida y trémula miraba al joven con mirar afamado como el de una madre que quiere alejar la muerte de la frente de un hijo.

La joven puso la mano sobre el corazón de Ernesto y sintió sus latidos.

—Si, se ha salvado.

—¿Será necesario buscar un médico?

—Corriendo. El aire le devolverá las fuerzas y el sentido.

—¿Pero dónde le llevaremos?

—A mi casa; está aquí muy próxima. Mirad, dirigios por ese sendero, y torciendo á la derecha vereis una gran casa rodeada de jardines.

—Esperadnos allí, señora, que en breve llegará el enfermo.

La joven contempló por breves momentos extasiada á Ernesto.

Estaba pálido. De sus cabellos pendían algunas gotas de agua, y como los tenía echados hacia atrás lucía su alta y espaciosa frente; sus labios entreabiertos tenían el color de una rosa próxima á perder sus hojas y caída su cabeza sobre el pecho en graciosa actitud, parecía dormir con el sueño de la inocencia. Su respiración era entrecortada como si sollozase y tardos los latidos de su corazón como si se despertase á la vida. Un ramo de esas flores blancas que flotan en la superficie de los ríos se habían prendido á sus sienes, enredándose en sus cabellos.

La joven de la barca, á la cual conocerá muy en breve el lector, creyó ver en él un genio del río que muerto de amor se envolvía en las ondas para que le llevasen á la eternidad. Y su corazón impresionable y compasivo hervía en deseos de consolar al hermoso joven.

LV.

Eugenia (tal es el nombre de la salvadora de Ernesto) era una mujer *escéntrica*, adjetivo, que hoy en que todos nos hemos salido de nuestro centro, se prodiga con dispendiosa prodigalidad.

Su hermosura no era extremada; pero sí su gracia. Sus ojos pardos, aunque pequeños, tenían una fuerza de atracción infinita. Así lo confesaban casi todos los desdenosos dandys de la corte. No se la podía llamar hermosa pero era tal la gracia de sus modales, la flexibilidad de su talle, el arte infinito con que sabía prenderse y ataviarse, que pasaba y con razón por una de las damas más hermosas de Madrid. Era joven.

LVII.

La pobre señora dió un grito agudísimo al ver aquella aparición, grito que revelaba todo el espanto que causa una tremenda desgracia.

—¿Me pides aun más pruebas de infidelidad, Luisa? ¿Dirás que no son fundados mis celos, cuando con mis propios ojos te he visto inclinada sobre el pecho de un hombre, prodigándole tus caricias, y aspirando su aliento? Ese miserable, cuyo amor por otra mujer tal vez le había arrastrado al suicidio merece tu corazón; y este hombre que te arrebató de los brazos de un tirano, merece tan sólo tu desprecio.

—¡Oh! mi Edgardo, no me juzgues sin pruebas, no me condenes sin oírme.

—¿Crees que me faltan pruebas para ver en ese hombre mi rival?

—¿Qué dices? Ese joven que allí ves, es inocente. Ni siquiera me conoce.

—No te conoce; y le has seguido á Madrid, arrastrándome también á mí en pos de sus pasos. No te conoce y sabes cuando viene á Aranjuez, y le zelas desde lejos, y le sigues afanosa en sus paseos, y das horribles gritos cuando ves que le amenaza la muerte. Esos desvelos, ¿cómo se llaman en todo el mundo? Luisa, dílo tú misma.

—Eres muy cruel para mí.

—¡Cruel! Sabes que te dejo en completa libertad, porque no quiero, no, que seas mi esclava. Solo te prohibo que ames á otro hombre; porque ese hombre me robaría tu cariño, y que te acuerdes de tu hijo; porque ese hijo es una prenda del perdido amor. Te irrita tu pasado amor y me hacen temblar los sentimientos que pudieran en la vida asaltarte. No quiero que haya en tu corazón más afecto que mi amor, ni en tu memoria más recuerdo que mi nombre.

—Edgardo, la compasión se levanta en el alma, á despecho de la voluntad. Paseaba solitaria á orillas del Tajo, aguardando tu venida; cuando vi á ese joven precipitarse en el río. No tuve tiempo más que para pedir socorro en tan horrible desgracia. Llamé y pude salvarle. ¿Con que la caridad, la compasión han de inspirarte celos también.

—Y vive Dios, que es hermoso, Luisa. Siempre has de sentir compasión por lo bello. Si ese hombre hubiera ido cubierto de harapos; y si en vez de ese hermoso rostro ostentara una torpe fealdad, á buen seguro que se despertaran con tanta fuerza tus virtudes.

—¿Dudas de mí?

—¿Y no he de dudar? Abandonaste al esposo; y quieres que duerma en tu fidelidad confiado el amante.

—Calla, por Dios, calla.

—Temes que nos oiga. No; no recobra aun el sentido. Te presentas tal vez á sus ojos como una vestal, y encubres con tu hermosura los crímenes que oscurecen tu existencia.

—Eres bien cruel. Por tí abandoné mi casa y desoí la voz de mi honor y tú siempre estás á mis oídos murmurando el crimen que cometí; para que nunca lo olvide mi memoria. Por tu amor ahogué en mis entrañas el amor de madre, y me prohibes hasta que busque á lo lejos la sombra de mi hijo, inocente víctima de mis desvarios.

—¿Tu hijo! no nombres á tu hijo.

—¿Crees, Edgardo, que alguna vez le revelaría mi nombre, si por desgracia le encontrase? No, las madres deben presentarse á sus hijos con serena frente, do se reflejan las virtudes del alma. Sus palabras han de ser como las palabras de Dios, llenas de unción y ternura. Si su cuerpo está manchado y corrompido su espíritu y quebrantado su honor nada tiene que darle á su hijo más que el peso de la vergüenza. ¿Cómo podría yo acariciar al que en la cuna abandoné?

Su pasión favorita era la literatura. Educada por un tío que había pasado su vida aprendiendo lenguas y estudiando poetas, se apasionó de tal modo por la literatura que con sus inmensas riquezas heredó la manía favorita de su sabio tío. Siempre hablaba en tono trágico. Las novelas la habían trastornado el seso, precipitándola en un abismo. Desposeída casi de nociones religiosas, queriendo realizar en la vida los sueños de los poetas, su alma impresionable se dejaba arrastrar por el primer libro que en sus manos caía. ¡Cuántos favores había dispensado á los jóvenes, de esos que se pagan con el desprecio y con el olvido y todo mas por parecer heroína de algun cuento de Federico Soulie que por malas y perversas inclinaciones! Llegó á tanto su desvario que no creyendo en el amor puro, cayó en el lodo de los amores viciados. Sin duda convencida de que la amistad no existía, buscó torpes amistades. Decía que el fin de la vida es el goce y ansiosa de gozar su alma perdió los arreboles de la virtud y su cuerpo la transparencia de la pureza. De abismo en abismo se hundió su reputación y su nombre, y fue escarnio de los hombres, escándalo de la corte.

Despues cayeron en sus manos los libros que hablan del amor puro, de los goces ideales de los amantes, de esas esperanzas infinitas que como nube de incienso suben al cielo, de esas ilusiones que no tienen ni forma, ni nombre y lloró su pecado arrepentida de su loco desvario. Se retiró á la soledad y buscó en Aranjuez el reposo del corazón, y el olvido de las gentes; sin perder por eso su afán, su lenguaje poético, y sus manías literarias.

LVI.

Ernesto yacía aun sin sentido en una casita á orillas del río sobre un lecho que allí se había improvisado. Eugenia acompañada de sus remeros había ido á Aranjuez en busca de un médico.

La dama vestida de negro, que siempre le seguía, y á la cual conocemos ya personalmente, cuidaba de él.

¡Qué afán se pintaba en su actitud! ¡Qué amor tan puro en sus ojos! Ya aplicaba su oído al corazón del joven, ya ponía la torneada mano en su marchita frente, ya hilos de lágrimas caían de sus ojos y rondando por sus mejillas, iban á parar al rostro de Ernesto.

Estoy sola, decía, completamente sola. Puedo hablar á mi hijo, á mi adorado Ernesto. ¡Por qué te abandoné para seguir ilusa los instintos de mi pervertido corazón! Este remordimiento me envenena. Has crecido sin madre; entregado al torrente de tus pasiones. Cuántas veces habrás maldecido la hora en que naciste, y la mujer fatal que te dió vida. Y yo, Ernesto, te seguía desde lejos, adorándote como sabe adorar el corazón de una madre. Ni un momento he cesado de velar por tí; pero el más penoso martirio me afligía, porque no podía decirte «soy tu madre» ¿Y puedo ahora? Tampoco. Como no me oyes, te llamo hijo, si me oyeras no podría, no, tu madre darte tan dulce nombre.

Hora fatal fue aquella en que te abandoné. Yo era una niña: ni siquiera podía adivinar los deberes de esposa, ni sentir el amor de madre. ¿Pero por qué quiero justificarme? Caiga sobre mí todo el castigo y sobre tí las bendiciones y los besos de tu proterva madre. Y aplicó sus labios á la frente de Ernesto; al tiempo que abriéndose la puerta apareció en su dintel un hombre alto y de torvo ceño.